



DEDICATORIA.
ACERVO DE LITERATURA

La religion est une et universelle ou n'est pas la religion; la morale est une et universelle ou n'est pas la morale; la justice est une et universelle ou n'est pas la justice.
A. J. Fourchi.

La religion es una y universal ó no es la religion; la moral es una y universal, ó no es la moral; la justicia es una y universal, ó no es la justicia.

Siempre he amado la verdad y he aborrecido la mentira; y he amado la verdad, porque es la primera virtud: virtud increada, virtud divina que existió antes del mundo; virtud imperecedera; virtud tan antigua como el mismo Dios; como que Dios ha sido, es y será la misma verdad increada é imperecedera. He aborrecido y aborrezco la mentira, porque es la enemiga de la verdad; y siendo enemiga de la verdad es enemiga de Dios, único Sér á quien debemos amar. Y

Servicios que se realizan:

Estudió con libro propio

Estudió con libro de la Biblioteca

Si utiliza libros de la biblioteca, favor de dar los siguientes datos:

CLASIFICACION

CLASIFICACION

CLASIFICACION

CLASIFICACION

Hora de entrada: _____

Hora de salida: _____

SUGERENCIAS: _____

de este amor à la verdad, innato en el hombre, porque innato es el amor al Autor de todas las cosas, ha resultado el que escribiera las máximas que ahora publico para que las conozcan, porque del conocimiento de ellas, resulta el conocimiento de la verdad.

Nunca ha estado en tan terrible pugna la mentira contra la verdad, como en este siglo en que las máximas de Voltaire y Rousseau han venido à reunirse con las de Prud' Homme, Sme y otros cien: es decir, la pugna de la ignorancia contra la sabiduría; porque siendo Dios la suma sabiduría, los hombres que atacan la sabiduría son la suma ignorancia.

El siglo de la verdad, es el de la sólida ilustración; porque es el siglo de Dios, el siglo de la sabiduría, el siglo del adelanto, de las luces. Es así que en el dia se combate la verdad y la sabiduría que es Dios; luego estamos en el siglo del retroceso, de la ignorancia y de las tinieblas, porque el retroceso y la ignorancia y las tinieblas, son el amor à la mentira y à las máximas disolventes que destruyen los lazos que atan al hombre con Dios, con la verdad, con la sabiduría.

Muchos me han dicho que pienso como un anciano, y que mis ideas son viejas é impropias de mi edad; però esto que à ellos les parece un defecto, para mí es una recomen-

dacion. La ancianidad representa prudencia y sabiduría: es decir, à la verdad, à Dios.

Para apreciar el oro es menester verlo, conocer sus quilates, y apreciarlo por los bienes que nos proporciona, como que él es el eje principal que calma en el mundo las necesidades humanas.

Para amar la verdad es preciso conocerla, estudiar su belleza, para así apreciarla como la única guía que nos conduce à la felicidad presente y futura.

Para no recibir una moneda falsa, el hombre conocedor la examina escrupulosamente: examine las máximas de los filósofos que se llaman ilustrados, y conocerá el ningún valor de ellas.

El que quiere que le tengan por sabio é ilustrado, procure serlo estudiando la verdad; porque la verdad es la luz del entendimiento, la antorcha que nos encamina à la indestructible ilustración; à Dios.

De la lucha de la mentira contra la verdad, tiene que resultar al fin la derrota de la primera; porque siendo perecedero todo lo que no es Dios, y siendo la verdad Dios, la verdad, que es eterna, tiene que colocar su trono sobre la mentira que es perecedera.

Esta verdad, que está en el fondo de mi corazón, ha sido siempre la que en mis conversaciones me ha inspirado las máximas

que, yéndolas apuntando, segun me iban ocurriendo, han venido á formar una obra.

Si algunos pensaren ridiculizar mi libro, diciendo que es mucho arrojo ponerse á dar "Máximas á los escritores," cuando cualquiera de ellos me las podría dar á mí, contestarè que, no siendo la verdad creada por mí ni por ningun hombre, sino que siendo increada, siendo la sabiduría, siendo cosa del mismo Dios infinito, mis máximas, que no son otra cosa que el resultado de la investigación de la verdad, no pueden ser criticadas en su fondo, que es la misma verdad, y sí solo la manera con que estàn espuestas; porque solo la exposicion de la verdad es la que me pertenece en esta obra. Esto creo que bastará á satisfacer la mas maliciosa crítica.

Mas hermosa y útil es la verdad humildemente expuesta por un escritor de limitado talento, que la mentira ataviada con todo el brillo de la oratoria y de la poesía; porque la primera, como es perfecta, de cualquier manera nos cautiva, al paso que la segunda, como es la misma imperfeccion, necesita, para no inspirarnos horror, del adorno extraordinario con que los apasionados á ella la suelen presentar para deslumbrar al hombre.

Yo presento la verdad, y esto me basta;



Inclinacion á las letras.

La mayor parte de los hombres tienen inclinacion á algun arte, oficio ó ciencia; y esta inclinacion es sagrada, porque sagrado es el Ser que la inspira; y digo el Ser que la inspira, porque quanto bueno poseemos pertenece á Dios; pues al hombre solo le pertenece, por solo él, la miseria, la corrupcion y el pecado.

El que nace con inclinacion á las letras, á ser escritor público, debe considerarse como una de las criaturas privilegiadas, porque la escritura es la civilizacion, y el escritor público el civilizador del género humano. Por eso no es suficiente la inclinacion sola para ser escritor; preciso es levantar esa inclinacion sobre los cimientos de una instruccion sólida, sobre la instruccion única, sobre

la religion, sobre la moral, que es la verdad por exelencia, la verdad civilizadora, la verdad divina.

Para adquirir estos sólidos cimientos, se necesita el estudio de las Sagradas Escrituras, el estudio del libro de la Sabiduría, el estudio de la verdad por exelencia, de la verdad civilizadora, del libro de Dios.

El que sin el conocimiento de este libro, llevado solo de su viva imaginacion, escribe obras con el objeto de adquirir fama de sabio, està espuesto à incurrir en errores de funestas trascendencias, porque la imaginacion con frecuencia se deja exitar por los sentidos, y los sentidos con frecuencia se dejan seducir por las pasiones.

La imaginacion sin la sólida instruccion, sin el estudio de la verdad, es como el caballo que corre sin freno, sin ver los precipicios que hay á su paso.

La verdadera instruccion, el conocimiento del libro de Dios, unido á la ardiente imaginacion, es el timon que conduce la velera nave à seguro puerto.

La ciencia de la sabiduría resiste á los halagos de la imaginacion, porque ante la verdad no puede permanecer la mentira, como ante la luz no puede haber tinieblas.

El escritor debe presentar las cosas segun

la verdad, sin añadir ni quitar nada, porque á la verdad todo disfraz le daña.

La mentira ó la ficcion, por mucho que halague al escritor, si se opone en lo mas mínimo á la moral, debe ser despreciada por él, porque es la enemiga de la verdad, la enemiga de la felicidad social.

No debe el hombre enorgullecerse de su talento, sino del uso que del talento hace, porque el talento es concedido por Dios, y el uso que del talento se hace pertenece al hombre.

¡Cuántos escritores haciendo mal uso de su ingenio se han apartado del camino hácia el que Dios les llamaba, dotàndoles de viva imaginacion y de vocacion decidida á escribir!....

Los que teniendo viva imaginacion y talento lo emplean en desfigurar la verdad, se parecen á los que convierten las armas que les sirvieran para defender á sus hijos, en instrumentos de muerte y destruccion de los mismos à quienes debian defender.

Por eso la viva imaginacion por sí sola no es suficiente para el escritor, si no está adornada y dirigida por la verdadera sabiduría; porque la viva imaginacion, sin el sólido conocimiento y amor à la verdad, fácilmente extravía al hombre; al paso que el conocimiento de la verdad y el amor á ella, hace al escritor juicioso, comedido y sensato.

¿De qué sirve la viva imaginacion, si nada nos enseña?

Inútil le es al ciego la luz: inútil al hombre la ciencia que no alimenta su alma.

Dañoso es el ingenio que, en vez de conducirnos al bien, nos conduce á la perversion con su deslumbrante brillo, como lo es la luz que nos conduce al precipicio.

El que ha nacido con vocacion á escribir y no tiene por norma á la verdad, por mucho que se afane en publicar obras que manifiesten instruccion, es ignorante, porque ignora que la verdad es la sólida base de la ciencia, sobre la que están colocadas la civilizacion y la moral, que son la felicidad social.

El escritor que se deja llevar de su imaginacion para halagar, mas busca aplausos ficticios, que ciencia duradera; porque el deseo de alcanzar aplausos le hace que se olvide del objeto para que Dios le ha dotado de talento: esto es, para que estudie la verdad, la siga y la enseñe.

El que no conoce la verdad, no conoce los defectos de sus obras; y el que no conoce los defectos de sus obras tiene que ser vano y apasionado de sus ideas; nulidad grave en un escritor, porque el que no conoce sus defectos, no se conoce á sí mismo; y mal puede enseñar el que no ha llegado á aprender.

En el conocimiento de Dios, está el prin-

cipio de la verdadera sabiduría; porque Dios es el principio de todas las cosas buenas.

El conocimiento de Dios es el principio de la felicidad, y al que ha llegado á conocer el principio de la felicidad, fácil le es llegar al fin de ella, no apartándose de la verdad, de Dios, del principio y fin de la felicidad.

Cuanto mas se deja llevar un autor de la fuerza de las imágenes, tanto mas se aparta de la verdad, de Dios, del principio de la felicidad; y cuanto mas se aparta de la verdad, de Dios, del principio de la felicidad, tanto mas se aleja de la ilustracion, del bien social, del fin para que le fué dado claro talento y viva imaginacion.

El escritor que abusa de su talento, estraviando al lector de la senda de la virtud, es semejante al rico poderoso que invierte el oro con el que podria socorrer á innumerables familias, en hacer espadas para destruirlas.

Muchos son los escritores que publican sus ideas; pocos los que predicán la verdad; muchos los corrompedores de las buenas costumbres; pocos los que las moralizan. Los primeros son mas conocidos de los hombres, los segundos de Dios.

El que prefiere ser conocido de los hombres á ser conocido de Dios, no puede ser útil á la sociedad, porque desprecia la verdad por

la mentira, la sabiduría por la ignorancia, la salvadora virtud por el disolvente crimen.

El escritor público debe escribir tan sin apego á sus idas que esté pronto á confesar sus errores cuando no han sido encaminados á la verdad. El que dotado esté de este desprendimiento, muy cerca está de la sabiduría, porque el conocimiento de la ignorancia es la luz de la sabiduría.

Como las producciones suelen generalmente estar en armonía con el carácter de los autores, preciso es que haya serias, jocosas, satíricas, religiosas, burlescas, &c. &c.; y como algunos por lo que llevo dicho creerán tal vez que solo recomiendo las filosóficas y las religiosas, diré que para mí todos los géneros son útiles, siempre que sean guiados por la verdad: siempre que lleven el noble fin de ilustrar y de moralizar: siempre que no se aparten de la sabiduría, del orden salvador, de Dios.

Mucho se pudiera agregar á lo expuesto; pero creo que lo dicho será bastante para que el que tiene vocacion á escribir, conduzca su talento por medio de la verdad, y tenga presente que para ser escritor útil á la sociedad, debe estar adornado, 1. ° de instruccion religiosa y conocimiento profundo de Dios. 2. ° de amor á la verdad y despego á las propias opiniones.



Del buen gusto.

Muchos son los escritores que han hecho largas disertaciones con respecto al buen gusto; pero hasta ahora, ninguno se ha tomado el trabajo, por desgracia de la juventud estudiosa, de indicar los medios que se deben emplear para tener ese buen gusto, sin el que ninguna composición puede conmovier el alma.

Si se examina filosóficamente el origen del gusto, veremos que lo trae directamente de la sensibilidad del alma.

Aquel tendrá mas grados de buen gusto, que cuente afecciones mas tiernas y mas nobles.

¿Quién duda que la muger está dotada de mas delicado gusto que el hombre?

La mayor parte de los hombres nacen con

inclinacion al buen gusto; pero el grado mayor ó menor de ilustracion, forma la diferencia de gustos que entre ellos se observa.

Las naciones cultas revelan en todas sus obras mejor gusto que las ignorantes: luego el buen gusto es una cualidad que se perfecciona por medio de la ilustracion: luego es una cualidad que la puede obtener el hombre por medio del estudio.

La crueldad es el carácter distintivo de las naciones salvages: la hospitalidad, la deferencia, la sensibilidad, la de las naciones cultas: en las primeras, se nota el mal gusto; en las segundas, el buen gusto: luego la sensibilidad del alma es el origen del buen gusto, que llega á un grado perfecto con la civilizacion y el estudio de la verdad.

Convencidos, pues, de que el estudio y la civilizacion perfeccionan el gusto, que trae su origen de la sensibilidad del alma, solo falta señalar ese estudio, con el cual se forma el buen gusto.

El que anhele conseguir el buen gusto, indispensable á todo escritor, debe, para no caminar sobre falsos cimientos, beber en las fuentes puras de los autores cuya fama es general entre doctos y entre indoctos: porque ¿qué mejor garantía que la de los primeros, y qué mayor prueba del aprecio universal que la de los segundos?

Los árboles colocados sobre terreno escogido, y regados con limpias aguas, producen exquisitos frutos: los colocados en terreno fangoso y regados con el agua corrompida de las lagunas, producen fruta insustancial y desabrida.

Sobre aquellos libros deberás plantar tu talento que adornan las bibliotecas de los doctos, y que están reconocidos como modelos de pureza en el idioma, belleza en las imágenes y exactitud en los pensamientos, porque entónces verás nacer de ellos el buen gusto. Evita la lectura de los que solo son apreciados por los indoctos, porque solo producirán ideas superficiales y de mal gusto.

Expuesto está el niño á equivocarse el oro con el oropel, y á preferir lo segundo á lo primero, cuando no ha llegado á conocer el precioso metal.

Fácil es que entre las obras sublimes de los distinguidos autores, y entre los libros adornados con palabras deslumbradoras, elija el jóven que aun no tiene formado el buen gusto, lo ménos útil, lo ménos provechoso.

Por eso deberá todo el que tenga empeño por adquirir el buen gusto, valerse de personas de conocido talento que le marquen las obras que debe seguir en su estudio; porque si se deja guiar por el gusto de la multitud, tal vez cogerá libros donde habrá gran-

des bellezas al lado de grandes defectos vestidos con un ropage seductor, cosa muy peligrosa para formar el buen gusto, porque con facilidad podrá equivocarse las bellezas y los defectos, el que aun no tiene formado el buen gusto para distinguir lo bueno de lo malo.

Aún el docto conocedor que procura coger alguna belleza de entre los defectos de una obra, está espuesto à adquirir alguno de los vicios; como el que se arroja en un pantano à sacar una preciosa margarita que está en medio de él, suele salir sucio y desaliñado.

El tratado de los sabios hace al estudioso sabio: la lectura de los buenos libros, forma en el literato el buen gusto.

Calderon de la Barca, Herrera, Garcilazo, Fray Luis de Leon, los Argensolas, son en poesía, los modelos que se deben estudiar sin temor de que corrompan el gusto: Larra y Mesoneros en la crítica: Solis como prosador exelente y correcto: Saavedra Faxardo como político, y otros mil ya como oradores, como dramáticos, ó como historiadores, cuyas obras le será fácil conseguir al que de buena fé quiera formar el buen gusto que, una vez conseguido, dará á sus producciones un mérito relevante.

Ninguna cosa hay tan delicada como el buen gusto: por eso el escritor debe tener

cuidadoso empeño en conservarlo, estudiando de continuo las obras de los mejores autores.

El hombre de finos modales y de esmerada educacion que llega à rozarse con la gente rústica, y se aparta del trato de la fina sociedad, pronto pierde sus distinguidos modales, y llega à adquirir los de la gente ordinaria con quien se complace en tratar.

El literato de buen gusto que apartándose de los buenos modelos, se entrega à la lectura de obras perniciosas, pronto verá corrompido su gusto.

Al limpio y luciente cristal, el mas leve bao empaña: al delicado gusto cualquier libro corrompido le daña.

Buen gusto manifiesta el que se afana por conseguirlo.

Pesado se te hará muchas veces el estudio de los buenos autores; pero esto no debe hacer abandonar sus libros.

Los cimientos de un edificio pesados suelen ser; pero sobre ellos se levantan despues sólidos y elegantes palacios.

Sean los cimientos de tu talento los libros de los sabios, que tú despues sobre ellos podràs edificar alcázares de delicado gusto.

Para no caer en algun precipicio cubierto con flores, el viagero se vale de algun práctico: para no tropezar con el mal gusto y

hundirse en la ignorancia, debe el escritor buscar á los doctos que conocen lo bueno y lo malo de los libros.

El origen del gusto, como ántes dije, viene de la sensibilidad del alma: el origen del mal gusto, de la corrupcion de ella.

Neron es el tipo mas exacto de esta asercion. Nunca este gran emperador manifestó tanto el grado de buen gusto, como cuando al tener que firmar una sentencia de muerte pronunció estas memorables palabras: "¡ojalá no supiera escribir!" En esa época en que la sensibilidad tenia hondas raíces en su corazon, hizo levantar grandes monumentos, apreció á los sabios, y honró á Lucio-Anneo Séneca, su maestro, gloria de España su patria; pero cuando relajada su alma, cuando envilecido su corazon por los vicios que destruyeron su sensibilidad, exclamó: "quisiera que el imperio Romano no tuviese mas que una cabeza para tener el gusto de cortarla," entonces probó que, la corrupcion de las costumbres y la crueldad del corazon, son el origen del mal gusto, porque entonces fué cuando miró con desprecio los suntuosos monumentos que habia mandado levantar: entonces fué cuando persiguió á los sabios: entonces fué cuando mandó matar al célebre Séneca; y entonces fué en fin, cuando se puso á contemplar con una ferocía propia de un bár-

baro el incendio de Roma: el incendio de la hermosa ciudad donde residia el buen gusto.

Todo escritor revela inmediatamente en sus obras el gusto de aquellos autores que le han servido de modelos: así vemos á un jóven que solo ha leído las producciones de Dumas, empezar por el romanticismo ecsagerado; y pasado algun tiempo, habiendo oido decir que solo en los autores clásicos se debía estudiar, ponerse á escribir anacreónticas, á imitacion del primer autor antiguo que le vino á las manos. ¿Qué prueba esto? Esto prueba que el gusto se perfecciona ó se corrompe segun la elección que se hace de los libros.

Las máximas saludables de los buenos amigos nos edifican y nos hacen buenos: las máximas de los perversos nos corrompen el corazon. El trato y el estudio de los buenos libros, forman el buen gusto: la lectura de los malos lo corrompe.

Así como preguntas por el mejor facultativo para adquirir salud, así debes preguntar por los mejores libros que traten de la ciencia que anhelas adquirir.

Que la civilizacion influye poderosamente en la formacion del buen gusto, lo atestigua la historia de la literatura. ¿Qué fué la comedia en los primeros tiempos? farsas ridículas que hoy avergonzarian á sus autores. Pero farsas ridículas hoy que la ilustracion y

las luces han venido á refinar el buen gusto; y farsas ridículas que entonces eran tenidas por obras de excelente gusto, y que la civilización ha ido mejorando hasta el grado casi de perfección en que se encuentra. ¿Y no prueba esto que el gusto se puede inspirar por medio de los buenos libros?

Todos nacemos dotados de gusto, pero este gusto necesita educación; porque de la educación resulta el bueno ó el mal gusto; así como todos nacemos con alma; pero de la educación y del buen ejemplo nacen las malas ó buenas inclinaciones de ella.

¿Te sorprende el espacioso mar cuando levanta mansamente sus olas impelidas por el viento, ó cuando ruje con fuerza azotándose contra las rocas, y te conmueve y te inspira un pensamiento religioso y filosófico? ¿Te conmueve una hermosa noche de luna, donde multitud de estrellas vierten su luz como otras tantas lámparas del cielo, y despertando tu sensibilidad, te presta ideas hasta entonces para tí desconocidas? Dotado estás de buen gusto; porque de esa sensibilidad del alma, nace tu admiración, la cual expresada con las ideas que se agolpan á tu mente, producirá una obra tierna que esté en armonía con la verdad; porque el buen gusto es hermana de la verdad é hija de la sensibilidad.

Si estás dotado de sensibilidad, pinta la naturaleza, y tus producciones revelarán buen gusto.

El que huye de la verdad, huye del buen gusto, y el que huye de los sabios huye de la verdad.

Por eso es preciso consultar ántes de emprender la carrera literaria, con los hombres de conocido mérito en la literatura, para que estos con el tino que dan el saber y la experiencia, nos señalen aquellos autores que evitando los extremos de la suma frialdad y de la ecsajeración de las pasiones, presentan en sus obras la verdad, que es la base sólida de la ilustración y del buen gusto; porque donde no hay verdad, no puede haber ni ilustración ni buen gusto.

Espronceda es otro de los poetas que pueden servir de estudio para la formación del buen gusto, porque en sus obras hallará el estudioso, pureza en la dicción, atrevimiento y verdad en las imágenes, y retratada con exactitud la naturaleza. Espronceda pinta al mundo tal cual es, y al pintarlo tal cual es, nos revela un gusto delicado, y su acertado tino hablándonos al corazón; no á la cabeza.

Si eres inclinado á escribir, y nada encuentras en la naturaleza que te conmueva, persuadido debes quedar de que careces de buen

gusto, y no debes escribir, porque tus composiciones estarán sin vida, como sin sensibilidad tu alma. Pero si anhelas tener ese buen gusto, estudia con empeño, analiza esa misma naturaleza que miraste con indiferencia: trasporta tu imaginación, por decirlo así, en una hermosa noche de luna en la región de los astros, detente allí á calcular cómo existen, quién los colocó á tan larga distancia de la tierra, y forzosamente empezarás á sacar de tus reflexiones, sensaciones y pensamientos hasta entonces desconocidos en tí, que son el principio de la formación del buen gusto.

A las grandes piezas de música no se les toma gusto sino después de haberlas oído varias veces, y de haberlas estudiado: entonces conocemos todo el mérito de ellas, y entonces nos sorprenden y nos deleitan.

Nadie conoce las bellezas sin cuento que encierra la naturaleza, sino después de haberla estudiado: del análisis de ella saca el hombre estudioso provecho imponderable, y un gusto exquisito.

No basta tener ojos para ver, porque hay ojos que no ven. Es preciso estudiar, porque del estudio viene el conocimiento, y del conocimiento mayor ó menor de una cosa, el mayor ó menor gusto.

Civiliza, permítaseme la expresión, los sen-

tidos, estudiando la naturaleza, y civilizarás tu gusto.

El que está dotado de tierno corazón, tiene andado la mitad del camino para formar el buen gusto; porque la tempestad, la calma, el campo alombrado de vistosas flores, el insondable mar, el ruido de una cascada, todo le conmueve; y al pintar las impresiones que ha sentido, habla con su corazón al corazón de los lectores que, precisamente se conmueven con la pintura exacta de la verdad.

Y es tan cierto que al autor que nos habla al alma le apreciamos sobre todos los demás, que siempre exclamamos al ver un rasgo de él: "¡qué hermoso!... aquí todo es natural: aquí se conoce que la pluma del autor ha corrido libremente expresando solo sus sentimientos: esto es bellísimo y de buen gusto: esto es hablar como poeta!"

Que se adquiere por medio del estudio el conocimiento de las cosas, y que del conocimiento de las cosas nace el buen gusto, creo que está suficientemente probado.

Guiado, pues, por esta verdad, el que anhela tener *buen gusto*, ha de estudiar primero, las obras de los mejores autores, y después la naturaleza. Debe estudiar, primero, las obras de los mejores autores, para

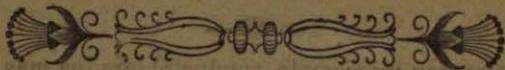
aprender de ellos aquel bien decir que regula el entendimiento y nos aparta de toda exageracion defectuosa. Debe despues estudiar la naturaleza, porque estudiándola, preciso es que sienta sensaciones nobles, grandes y tiernas; sensaciones nacidas del estudio, que han despertado poco á poco su sensibilidad, y que, al espresarlas han de conmover precisamente, porque están basadas sobre las reglas de los mejores autores, inspiradas por la naturaleza, y guiadas por el buen gusto formado por la civilizacion de las ideas.

Muchas obras vemos bien escritas, pero de muy mal gusto. Examinadlas, y veréis que su autor ha estudiado el modo de escribir, mas no la naturaleza que da el buen gusto: veréis que las materias que escogen son siempre de ningun interes; asuntos triviales que nada dicen, que nada espresan; porque esos autores no tienen sensibilidad, y sin sensibilidad no puede haber buen gusto, porque este trae su origen de la sensibilidad del alma.

Al haber señalado el camino que conduce al *buen gusto*, no he tenido otro anhelo que el de hacer un servicio á la juventud estudiosa. Yo he llevado una luz pequeña, que es todo cuanto tenia, á un oscuro subterráneo, y aunque la claridad que derrame apenas sirva para alumbrar un corto espacio,

otro, con mi ejemplo, conducirá otra luz mas, y la claridad irá en aumento, hasta que sean tantos los que acudan con las suyas, que el subterráneo se vea tan iluminado y claro, como la tierra al brillar el sol.





Los novelistas.

Muchos son los escritores de novelas, de esos libros de entretenimiento, donde la imaginación del autor encuentra un vasto campo para desarrollar sus pensamientos, conduciendo al lector, quitándole el libre albedrío de pensar, digámoslo así, por entre los delirios de su talento creador y de su calenturienta fantasía, ora horrorizándole con crímenes terribles, ora conmoviéndole agradablemente, aunque casi nunca instruyéndole: porque si es cierto que alguna verdad ó alguna noble máxima encierran esos escritos, están esas verdades y esas máximas tan cercadas de inexactitudes, de pinturas falsas y doctrinas perniciosas, que pasan desapercibidas, como pasa una flor oculta entre la maleza, donde exprofesamente la han colocado.

No es decir esto que sea entretenimiento

innoble el de los novelistas, no; innoble es el abuso que hacen de la novela, presentando muchas veces lo bueno, con los coloridos mas negros; y la maldad, ataviada con ropaje tan seductor que, sin advertir tal vez, corremos tras el mal, tan seductoramente disfrazado, apartándonos de la virtud tan ridículamente vestida: sucediéndonos lo que á los niños faltos de experiencia, que prefieren una figura mal hecha, pero de vivos colores, á una pintura de gran mérito donde está imitada exactamente la naturaleza.

¿Qué es la novela moderna francesa, sino otra nueva mitología de seres falsos, donde á la clase mas morigerada nos la presentan devorando al pueblo, ni mas ni menos que como á Júpiter devorando á sus propios hijos?

Los autores que adulando el pueblo, para que éste los saque de la oscuridad, lamentan la miseria en que gime, exagerando su situación, y obligándole á que rompa el dique del respeto á las únicas cosas sagradas que le pudieran contener en los justos límites del deber, son semejantes á aquellos imprudentes maestros que refieren á sus discípulos los vicios de sus padres, sin hacer mérito de sus virtudes, haciendo de este modo que los hijos falten al respeto debido á quienes les dieron la vida, y que imiten sus debilidades,

santificadas por la corrupcion que la juzgan natural y generalizada.

Siempre se ha mirado la adulacion como uno de los vicios mas detestables, como que ella ha producido males sin cuento; y al adulator como á un enemigo temible que siempre hiere á traicion. Y si despreciable es el que adula á los grandes de la tierra y á los sabios, ¿cuánto no lo deberá de ser el que adula á la multitud ignorante, desprestigiando á la clase mas virtuosa, con el objeto único de alcanzar el premio comprado á costa de su conciencia?

Por eso es preciso ser tan cauto en la eleccion de libros como en la de amigos; porque las doctrinas perniciosas con facilidad echan raíces en el corazon del hombre; y una mala máxima puede ser causa de su perdicion, sin que una buena, en medio de innumerables malas, pueda servirle de provecho alguno, á la manera que una gota de veneno vertida en un vaso de agua pura, puede causar la muerte de una persona, sin que una gota de agua pueda purificar un vaso de veneno.

Puesto que las novelas son libros escritos para recrear y para distraer el ánimo cansado de los asuntos graves, y evitar el mal uso del tiempo ocioso, los autores de ellas deben intercalar en sus saludables excenas máximas agradables; así como un entendido jar-

dinero coloca entre las bellas flores de un jardin, algun estanque que, al mismo tiempo que aumenta la hermosura de aquel delicioso sitio, sirve para mitigar la sed de los que á él se llegan con el objeto de pasearse, y de gozar del aroma que las flores exhalan.

Los novelistas antiguos españoles comprendieron esta obligacion, y trataron de seguirla fielmente. El autor del Gil Blas, sin agotar los crímenes, como lo hacen los modernos, nos divierte y nos instruye; porque fiel imitador de las costumbres, critica los vicios de todas las clases de la sociedad, sin sacar á la verdad de quicio, y sin atormentar la mente del lector con pinturas exageradas que deslumbran, pero que no iluminan.

Yo por mi parte confieso ingenuamente que prefiero el Gil Blas, á todas las novelas de Sué, porque las obras de este son partos monstruosos de una imaginacion exaltada y viva si se quiere, pero no reglada por la imparcialidad ni por la verdad. Que se examine si no detenidamente los personajes que nos presenta en sus dos mas conocidas novelas, y que se diga, si pueden existir originales tan increíbles como en sus cópias nos presenta....

El novelista que trata de ridiculizar una cosa digna de veneracion y de respeto, criti-

cando la conducta del que está encargado de cuidarla, se parece al que critica la materia de un libro, solo porque la pasta que le cubre es de arrugado pergamino; y esto hacen muchos novelistas modernos. Criticando la conducta de algunos personajes de sus cuentos que rezan y se confiesan, quieren ridiculizar una de las cosas que los católicos miran con mas respeto, la confesion, al mismo tiempo que, para engañar mejor, elogian la doctrina del Hijo de Dios, olvidándose, ó tal vez ignorando, que la confesion está instituida por el mismo Jesus, cuya doctrina manifiestan respetar, cuando dijo á sus discípulos despues de soplarles en el rostro: *Los pecados que vosotros perdonáreis serán perdonados; y los que no perdonáreis no serán.*

Pero todo esto no lo hacen sin un fin particular; y ese fin es el de halagar las pasiones de la multitud, para que esta corra desatentada en pos de las falsas doctrinas, agotando las ediciones unas tras otras, y ensalzando el nombre del que la halaga. Porque la multitud se parece al enfermo inobediente que, dejando el recto y juicioso médico que le receta medicinas, aunque amargas, saludables, coje al charlatan que le ordena cosas agradables que, sin atajar el mal, acaban con su vida.

Pero el novelista sensato debe huir de esos aplausos inmerecidos que con agrado escuchan los ingenios vanagloriosos, pagados de sí mismos; y preferir á la popularidad que le pudieran dar el verter perniciosas máximas, el bien que puede resultar á la sociedad de mezclar entre pasages entretenidos algunas buenas doctrinas, porque estas agradan aun á los que no las siguen, y aquellas son miradas con desprecio por la gente pensadora.

Por eso no es bueno medir la sabiduría por el número de aplausos con que es saludado un autor; porque ademas de que los ignorantes aplauden lo que no entienden, siempre que el autor lisonjee sus sentidos, mas es el número de los necios que el de los entendidos, y estos siempre son moderados en los elogios que prodigan.

El escritor que prefiere, por lo mismo, los aplausos de la multitud á la gloria duradera entre los doctos, es semejante al que prefiere el sonido estrepitoso del dinero al mismo dinero.

El renombre adquirido entre los indoctos, se parecerá á la espuma que levantan las olas del mar, la cual se deshace apenas mueren ellas, quedando perdida entre la arena: quién se acuerda ya de esas novelas inmorales que

no hace todavía se's años que se leian con avidéz?....

Casi ninguno: la multitud que las acogió con tanto afán, fué la primera que las ha olvidado, y los literatos no las han dado entrada en sus bibliotecas, porque miran los malos libros, como se mira á las personas prostituidas á quienes se les impide la entrada á las casas honradas.

Lo contrario sucede con las buenas novelas: pasan los siglos; y el vulgo indocto y la clase docta, las conserva como preciosas joyas de la literatura. ¿Qué biblioteca no adornan el Quijote y el Gil Blas? ¿Hay alguno que no se haya reido con los personajes de ambas obras, y no haya sacado al mismo tiempo algun provecho de ellas?.... El Gil Blas, como antes dije, es una copia exacta de nuestra sociedad; y su autor ha sabido pintarla tan al natural que, todo el mundo reconoce á los originales, y los originales mismos no pueden ménos de reconocerse, resultando de aquí que, al verse descubiertos, se avergüenzan, y tratan de corregir su conducta.

En nuestros dias Sué ha sido el genio que apareció llamando la atencion universal; pero ¿cuánto no ha decaido su fama desde la publicacion de sus Misterios y su Judio Errante, hasta el presente?.... Es verdad

que los que leen sin meditar, que son los mas, aplauden todavía su talento; pero ningun literato le ha honrado, adornando su biblioteca con sus producciones: porque aunque es cierto que tambien a los doctos llama la atencion la aparicion de un talento atrevido, lo ven pasar sin admitirle en su seno, como se detiene uno a admirar las bellas formas de una muger hermosa, de mala conducta, sin que nadie se atreva a enlazarse a ella.

Esto deben tener presente los autores de novelas, para no incurrir en defectos que les prohiba la entrada al estudio de los literatos.

Delito es hacer beber veneno en el deleite; y expuesto está a que le maldigan los hombres de recto juicio el autor que se complace en destruir la honestidad y las buenas costumbres de la sociedad. No estrañe, pues, que sus obras, pasado el momento de la novedad, se vean desterradas del seno de las familias virtuosas, porque obligacion de los padres es vigilar por las buenas costumbres de sus hijos, prohibiendo la entrada en su casa a libros perniciosos, como el que sitia una plaza, procura que nada que le perjudique a él, entre en ella.

El novelista que ansiando gloria popular se aparta de la verdad, y presenta desfigurada

ésta, llevando á sus lectores por un camino falso, donde en vez de doctrinas útiles les dá a beber máximas de irreligiosidad que corrompen sus costumbres, merece la aversion y el horror de todo el mundo, y aun el desprecio de los mismos incautos que, seducidos por ficciones halagüeñas y por fábulas ridículas, se hallan al cabo dudando de todo, y por lo mismo infelices, porque el hombre que no cree en nada, no puede ser feliz.

Bueno, muy bueno es que los novelistas procuren ilustrar al pueblo indocto, intercalando verdades útiles en sus ficciones; pero preséntele la moral tal como es ella, pura, no desfigurada y con atavíos ridículos: propongan en buena hora el remedio del vicio; pero sin que antes hagan que éste se arraigue en el corazón del lector: no den el remedio despues de haber causado ellos mismos una herida mortal, porque entónces las medicinas serán ineficaces.

Bueno, muy bueno es tambien que el novelista tenga instruccion y talento para entretener á sus lectores; pero es indispensable, si quiere que sus obras le sobrevivan, que ese talento y esa instruccion los emplee bien; porque de lo contrario, la luz de su entendimiento, en vez de ser provechosa á los demas, solo serviria para corromperles, como

la vela encendida que pudiera disipar la oscuridad de un cuarto, incendia á y destruirá la casa, si el que la posee quiere hacer mal uso de ella.

Con los malos libros sucede lo que con los hombres hipócritas y malvados, que aunque por algun tiempo consiguen atraerse la estimacion de los incautos, despues, descubiertas sus perfidias, son el ludibrio y el desprecio de la gente sensata y de la sociedad entera.

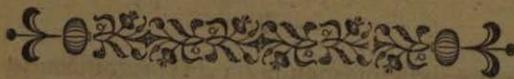
El novelista moral, es semejante al amigo de conversacion amena que entretiene, enseñándonos al mismo tiempo alguna buena máxima con que adorna sus discursos; á la vez que el novelista inmoral es semejante á esos frondosos árboles que hay en varios puntos de América, los cuales nos convidan á disfrutar de la frescura que bajo ellos reina; pero cuya sombra quita la vida al incauto que á gozar de ella se acerca.

Pero esto no es todo: falta agregar que á la inmoralidad, reunen generalmente esas novelas la corrupcion del idioma español, introduciendo una gerigonza incomprensible, un idioma nuevo, compuesto de todas las lenguas conocidas y por conocer; porque palabras hay que solo los autores de ellas nos pueden explicar su significado.

Los que esto hacen, se parecen á los que para enseñar un objeto que está dentro de

un pozo, revuelven su fondo, enturbiando de esta suerte el agua.

Por todas estas causas debe el novelista, y todo el que se dedique à la amena literatura, reunir estas cuatro cualidades indispensables, si quiere immortalizar su nombre, religiosidad, talento, instruccion y conocimiento profundo de su idioma: faltándole cualquiera de estas cuatro cualidades, su gloria será fugaz como la calma del Océano.



La poesía y los poetas.

La poesía es el idioma mas seductor que existe entre los hombres para expresar con elegancia y valentía sus ideas. Los poetas son los depositarios de ese seductor lenguaje que es el resorte que conmueve dulce y poderosamente el corazon del hombre que, arrastrado por el influjo que en él ejerce la armonía del metro, adopta y bebe las máximas del poeta sin repugnancia alguna.

La poesía se puede comparar á las hermosas flores y esquisitas plantas que Dios colocó en la estension del mundo; y al poeta como al curioso jardinero que, cogiéndolas de todas partes, las reúne en un solo punto para recrear los sentidos del hombre y conmover gratamente su corazon.

La poesía, propiamente dicha, es la bella

naturaleza que manifiesta la magnificencia y el amor del Criador: el poeta, el pintor de esa naturaleza que bendice al Autor de ella, sorprendido con la multitud de objetos que le cercan por todas partes.

La poesía es uno de tantos dones que Dios dió á los primeros hombres para que le conocieran, y del que abusaron reprehensiblemente, prefiriendo las humanas alabanzas al aprecio del Señor.

Para probar esta verdad, no tenemos mas que trasladarnos á la época en que florecieron los mejores poetas que existieron ántes de Jesucristo y poco despues, cuyos nombres y algunas de sus obras han llegado hasta nosotros; y verèmos á los poetas entregados á los vicios, y á la poesía ensalzando estos mismos vicios, y al pueblo elogiando sus máximas inmorales y levantando estatuas á los poetas obscenos.

Anacreon, célebre poeta por la dulzura de sus versos, por la elegancia en la dición y por sus ideas originales, afeó tan bellas dotes con una vida depravada y escandalosa, que estaba en armonía con muchos de sus versos; y á pesar de esto, el pueblo que le debía despreciar, porque el talento mal empleado causa mas daños que la estúpida ignorancia, le erigió una estatua que en honor suyo levantó en Atenas, donde le representaban ba-

jo la forma de un viejo borracho que estaba cantando, y en cuya fisonomía se revelaban todos los vicios de su disoluta vida.

¿Y habrá así quien niegue el influjo que el poeta ejerce sobre el pueblo y sobre sus costumbres? ¿Cuán to provecho no hubiera sacado aquel pueblo, si en vez de escritos obscenos, hubiera recibido de Anacreon máximas morales y elogios al Autor de la naturaleza? Los que le pintaron como á un borracho, tal vez le hubieran adorado como á un Dios.

Lo mismo sucede con Catulo, que floreció 86 años ántes de la era cristiana, en cuyas obras, que se reducen á epigramas, escritos en estilo sencillo y elegante, se encuentran palabras libres que perjudican á la moral y á las buenas costumbres.

Y el festivo Juvenal que nació en Italia 26 años despues de Jesucristo, ¿abusó ménos del talento poético con que Dios le dotó?.. Verdad es que sus sátiras están llenas de fuego y de energía; pero tan bellas cualidades en un poeta, se ven deslucidas por rasgos inmorales. ¿De qué sirvió que criticara fuertemente los vicios de la sociedad en que vivía, si al describir las costumbres de esa sociedad, las razones y pinturas de que se valió son mas propios para fomentarlas que para corregirlas?

Otros muchos poetas antiguos podría presentar en abono del abuso que hicieron de la poesía los primeros poetas, y del influjo de estos sobre la sociedad; pero creo que bastará lo espuesto para que los que han recibido de Dios el bello don de poesía, lo empleen en cosas dignas de él; y que haciendo un bien á la humanidad dándola á beber máximas nobles, pasen sus nombres á las venideras generaciones sin las manchas que afean á Anacreon, á Catulo, á Juvenal, á Marcial, y otros cuyos nombres sería prolijo numerar.

El que anhele conocer la poesía en toda su grandeza, ocurra á los escritores sagrados, y allí verá el uso que de ella debe hacer el hombre: allí verá que la principal materia de la poesía es Dios y la religion. Dios por habernos dado cuanto poseemos: la religion por ser la fuente pura que nos conduce á él.

Los cánticos de la Divina Escritura, el libro de Job, y los Salmos, son la verdadera luz que deben seguir los poetas: porque esa luz es la única verdadera, la única digna del hombre, y la única que nos muestra que las palabras y las cosas deben estar siempre en armonía.

No quiero decir con esto que solo deben tratar los poetas asuntos sagrados, no: solo quiero dar á entender que este es el punto principal de donde deben partir; porque te-

niendo à la vista esa luz divina que alumbraba el entendimiento, cuando traten otras materias, lo harán sin traspasar los límites del pudor y de la decencia, entreteniendo sin escandalizar, é instruyendo sin cansar.

Necesario es dar al hombre poesías que le diviertan, como al artesano que trabaja toda la semana, un dia de descanso; pero no deben ser estas fugitivas composiciones la principal ocupacion del poeta, sino el entretenimiento en sus ratos de ocio. Mas es preciso que el poeta procure no traspasar los límites de la decencia en esas composiciones ligeras; pues los que emplean la poesía en argumentos livianos donde para divertir usan de palabras libres, no son otra cosa que verdaderos corrompedores de la poesía.

Los autores que en asuntos tan despreciables invierten la poesía, se parecen á los que destinan el apreciable oro, á objetos bajos como asadores y sartenes.

Las malas doctrinas por sí solas, como que halagan nuestras pasiones, fácilmente echan raíces en el corazon, apartándonos de la virtud; y si tanto poder ejercen sin auxilio de adorno alguno en el alma del hombre ¿cuánto mas no lo ejercerán al ir ataviadas con la belleza de la poesía y la dulce armonía del metro?

Los que hacen agradable el vicio despo-

jándole de su fealdad, añadiéndole atractivos que seducen, son semejantes al asesino que presenta à su víctima una copa de esquisito licor mezclado con un veneno que insensiblemente le vaya quitando la vida.

La poesía es una cosa noble, y con nobleza se debe manejarla y sobre asuntos nobles. ¡Y qué cosa mas noble que las màximas morales que morigeran las costumbres y encaminan al hombre à la felicidad? Aquel poeta serà digno del aprecio general que emplee todo su talento y todo su saber en inculcar ideas de religion y de moral, empleando para ello todo lo que el idioma poético tenga de mas sublime, de mas armonioso y de mas expresivo.

El estudio de la verdadera poesía es utilísimo, porque encierra provechosas verdades, y el conocimiento de la verdad à todas las clases de la sociedad les es útil conocer.

El poeta cuyo fin sea instruir ó moralizar à los que lean sus producciones, si quiere ver cumplido su objeto, procure sacar él mismo buen fruto de su trabajo escribiendo saludables doctrinas para su particular provecho.

El que tome à su cargo el grato entretenimiento de sus lectores, presénteles personajes que le hagan reir, situaciones críticas que le diviertan, pero que no ofendan en lo mas mí-

nimo la moral, pues vasto campo le ofrece la sociedad, à un claro ingenio, para hacer reir al lector, sin necesidad de recurrir à libertades que, aunque à algunas personas poco pudorosas agradan, repugnan à los que piensan con recto juicio.

Antes de que te alucinen los aplausos, mira quien te los prodiga.

Si te criticara el populacho, no te daría cuidado de ello, llamándole ignorante; y sin embargo te envanecen sus aplausos.

Quando algunos indoctos hablan mal de alguna obra tuya que ha sido elogiada por algun docto, esclamas: *Son unos necios que nada entienden: un hombre instruido la ha alabado.* Pero ¿por qué dices que son ignorantes los doctos cuando te critican, y haces mas aprecio de los aplausos de la multitud ignorante que de la crítica de aquellos?

¿No manifiesta esta conducta contradictoria una buena dosis de vanidad y de amor propio mal disimulado?

El poeta debe escribir tan sin apego à sus obras que, cuando algun sabio le diga que su produccion no vale, conserve esa calma y sangre fria que da la razon, prefiriendo dejarla en el olvido, à publicarla para que la critiquen.

Laudable es el deseo de gloria: ridícula la vanidad. Con el primero estudia el hombre,

oye el parecer de los doctos, y aprovechándose de sus advertencias, corrige sus obras, alcanzando de esta suerte el renombre á que aspiraba. Con la segunda se desatienden los consejos saludables, y despreciando el estudio, sigue uno su capricho con perjuicio propio y de los lectores; y esta vanidad que le ofusca, tal vez trae su origen de algunos aplausos que le han prodigado algunos indoctos que nada saben, ni entienden nada de literatura.

Presente debieran tener esos poetas hinchidos de vanidad que, no hay escritor, por poco talento que tenga, que no dé con algún lector ignorante que aplaude todo lo que se escribe.

¿Cuántas obras no vemos alabadas, que merecen una crítica severa?

Los malos y obscenos poetas que se lisonjean con el incienso de sus aduladores amigos, son semejantes á los tiranos que se creen amados, solo porque les aplauden los palaciegos que les rodean, sin advertir, tal es la ceguera del hombre, que el pueblo sensato les desprecia. El uno es tirano de sus súbditos, el otro lo es del entendimiento y de las buenas costumbres.

Por eso antes de ponerse uno á escribir, debe estudiar sus inclinaciones, y si el asunto de que va á ocuparse, podrá ó no defenderla

honestidad y la moral del público á quien se dirige. Así caminará bajo un pié seguro, y el resultado corresponderá precisamente á sus esperanzas, siempre que el asunto se dirija á un objeto digno de la poesía propiamente así llamada, porque cosas hay que se recomiendan por sí solas, y que le basta al escritor presentarlas, para captarse la estimación de la gente sensata y pensadora.

El poeta que nos presenta en sus composiciones máximas recomendables y sanas, es semejante al portador de noticias faustas, á quien se recibe con regocijo y entusiasmo, y al cual se afana todo el mundo en observar.

Por eso no debe ningún hombre de buen sentido dejar de escribir, alegando que es medianía y que solo á los genios privilegiados les toca ilustrar. Las verdades, como antes dije, se recomiendan por sí solas, y le basta al poeta presentarlas para hacerse digno del aprecio general.

Otros hay que tienen reputación de muy doctos, y que nada han escrito, estando su saber encerrado en ellos mismos, sin que nadie participe de sus conocimientos. Tales hombres, elogiados por los que han gozado de su conversacion, ó están llenos de orgullo, y por tanto no quieren poner á prueba la reputación adquirida temiendo perderla.

la, ó son tan moderados que no quieren manifestar su saber porque no los acusen de vanos: de una ó de otra manera, ningun favor les debe á esta clase de literatos la sociedad.

Preferible es por lo tanto, un mediano ingenio, publicando verdades saludables, que un sabio ocultando sus vastos conocimientos: porque mas alumbra al que yace en la oscuridad, una vela delgada, que multitud de bugias colocadas en el fondo de un subterráneo donde las tiene ocultas su dueño, sin permitir que su luz alumbre à los demas.

La sabiduría manifestada en la conversacion, se parece al perfume de las flores que lleva el viento, que halaga un instante y se pierde no bien pasó. La sabiduría manifestada por medio de la escritura, es la esencia sacada de las mismas flores, y depositada en brillantes pomos, donde siempre está á disposicion de aquel que quiera gozar de su aroma.

Vano es el que quiere enseñar sin saber: avaro el que sabe y no quiere enseñar: ámbos son nulos en el mundo literario.

Mas no se crea poeta ninguno, solo porque tiene facilidad en hallar consonantes, si no tiene el genio creador.

La poesia y la versificacion son dos cosas muy distintas. He conocido escelentes ver-

sificadores que no han sido ni aun medianos poetas. Las bellas imágenes y los altos pensamientos, desarrollados con maestría, constituyen la poesia.

Los versos sin imágenes, son semejantes á un embalsamado cuerpo sin alma. Pero en estas bellas imágenes, no me cansaré de repetirlo, no debe el poeta mezclar doctrinas ofensivas á la moral, porque la poesia inmoral es semejante al hombre de costumbres relajadas, que bajo un exterior dulce y de una figura interesante, oculta sentimientos depravados y reprehensibles.

Lo dicho creo que bastará para que el poeta, el que está dotado de ese número creador que Dios concede á muy pocas criaturas, conozca cuál es la senda que debe seguir, y cuáles son los pensamientos que con preferencia debe desenvolver en sus producciones.

Cuanto mas nobles sean las materias que elija, mayor será el aprecio que merecerán sus obras. Los asuntos ligeros escribalos en los ratos de ocio, y de ninguna manera sean su principal ocupacion; pues debe no olvidar que los poetas y los versificadores que tratan asuntos frívolos, son semejantes à las vistosas y lozanas frutas, que agradan, pero que no alimentan.



Los dramas y sus autores.

Muchos atractivos tiene para un poeta el drama; pero el principal es sin duda el de arrancar aplausos à una multitud reunida en un punto para conquistar un renombre esclarecido. Allí el sabio y el que no lo es, el literato y el iliterato, el cortesano y el rústico, todo el mundo en fin aplaude; y estos aplausos arrancados por los personajes que ha sabido pintar con maestría el poeta, son el caballo de batalla con que se presenta en lo sucesivo, erguido, halagado por el aura popular de los elogios que seducen y conmueven su corazón.

Para un poeta ambicioso de renombre, no hay duda que el drama es el género mas à propósito para alcanzar su intento. Reuni-

das en el teatro todas las clases de la sociedad, escuchan atentamente las palabras de los personáges: siguen à estos con interes, y se conmueven con sus desgracias y con sus felicidades.

El drama es semejante al sol en el zenit, que alumbra todas las plantas à la vez, dándolas vida y hermosura.

Pero por lo mismo que es el sol en el zenit se debe evitar que alguna nube empañe su luz.

En ninguna parte debe el poeta rendir culto tan sagrado à la moral como en el drama, porque entre un número tan considerable de personas que concurren à la representación, indispensable es que haya tiernas jóvenes cuyos castos oídos no deben dar entrada à máximas perniciosas.

Puesto que al escribir un drama el objeto del autor no es otro sino el de agradar y de arrancar aplausos à la multitud, debe cuidar de no poner en boca de los personáges palabras obscenas que repugnen al buen sentido, sino un lenguaje entendido de todos, correcto y digno del público que le escucha: porque tal vez lo que en la simple lectura no se advierte, se nota en la representación, donde el gesto y la acción del actor dan vida à las escenas y hacen notable cualquier